R 40629
Acad-II
Esp-162

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA DE

## DON EUGENIO SELLES

EL DIA 2 DE JUNIO DE 1895

(9)

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

MADRID

Imprenta de la «REVISTA DE NAVEGACION Y COMERCIO»
MARQUÉS DE URQUIJO, 8, HOTEL.

1895.

Ac. Esp. II-62

# DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EN LA RECEPC ÓN PÚBLICA DE

## DON EUGENIO SELLES

EL DIA 2 DE JUNIO DE 1895

MADRID

Imprenta de la «REVISTA DE NAVEGACION Y COMERCIO»
MARQUÉS DE URQUIJO, 8, HOTEL.

1895.

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA · BIBLIOTECA ·

# DISCURSO

DE

## DON EUGENIO SELLES

TEMA

—

# DEL PERIODISMO EN ESPAÑA

Señores Académicos:

Leyes de costumbre y cortesía mandan á los neófitos empezar sus oraciones con una de gracias á la Academia. Aplícase al caso una fórmula estereotipada. Sin duda es de ritual, y no puede haber otra nueva, cuando no la han visto los muchos ingenios que por aquí han pasado. Para extremar su agradecimiento, casi todos atribuyen su elección á pura merced, exaltan la benevolencia de vuestro voto y deprimen sus títulos para merecerlo, sin echar de ver que os acusan indirectamente de prevaricación. Es mal linage de agradecimiento la injuria, y no sería leve la de suponeros capaces de conceder por el favor lo que pertenece al mérito. No os llamaré, pues, justicieros: sería llamarme meritísimo; no os llamaré indulgentes: sería llamaros injustos, y por desquite del agravio, podríais llamarme entonces usurpador de dignidad debida á otros.

Y en este conflicto del sentimiento y la palabra resuelvo quebrantar por hoy la ley, no de la gratitud, pero de la expresión, dejando que cada cual componga y entienda lo que quiero poner en la boca, con lo que callo en el corazón.

Sólo diré que llego á mi silla con deseo, con cariño, y hasta llegaría con cuidado si fueran otros los tiempos. Todos estos sillones cobijan la muerte para echarnos á la tierra cuando se harten de nuestra carga. El que voy á ocupar tiene, á más de esta, otra fatalidad: no siempre ha sido descanso seguro del entendimiento, sino también puesto de peligro. La violencia de las pasiones humanas lo ha desocupado á veces en la sucesión de sus poseedores, dos de los cuales fueron arrancados de él á viva fuerza para ir al calabozo y luégo á la expatriación. Nos robaron primeramente al estudioso Padre Velasco, por jesuita, en 1767; después al bibliotecario D. Joaquín Lorenzo Villanueva, por liberal, en 1814: ¡Días tempestuosos aquéllos en qué, con ardores de fe y crueldades de instinto, se peleaba por la libertad como las fieras riñen por la ración de la vida! A todas partes alcanzaba la ira del combate: no había hermano para hermano. Esta misma atmósfera, que debía ser serena y purificada por la fraternidad, ardía en furores mortales. De lado á lado se cruzaban miradas de recelo y relámpagos de odio, y quizá el compañero, recogido al parecer en meditaciones estéticas, fraguaba el decreto de proscripción contra el compañero (*)

¡Y venturosos días los presentes, en que, poseído ya el bien disputado, la tolerancia y los respetos mutuos han devuelto el reposo cristiano á esta comunidad literaria, donde se contiende sólo por el régimen de la gramatica y las libertades del vocablo, para redimirlos así de rebeldías nacionales como de invasiones extranjeras! De lado á lado se cruzan miradas de confianza, relampagueos de ideas que, aunque venidas de los varios colores del prisma político, se funden aquí, como los colores elementales de la luz, en un solo haz blanco y purísimo, que limpia de sombras y llena de esplendor esta lengua casi sagrada que

(*) Por Reales órdenes del año 1814 fueron privados de sus sillones académicos, Melendez Valdés, Conde, Arnao y Cabrera. Expidió las órdenes, como ministro del Rey, el académico Duque de San Carlos, quién pocos días después fué nombrado Director de la Academia en sustitución de su víctima Cabrera.

tiene alaridos de batalla en la historia y sonoridades de música en el arte; con la cual enseñaron á ver el cielo nuestros teólogos, y enseñaron á ver la belleza nuestros poetas, y enseñaron á vencer y á sufrir nuestros soldados, y se proclamó nuestro imperio por el mundo antitiguo, y pronunciaron la civilización sus primeras palabras y el cristianismo sus primeras oraciones en aquel nuevo mundo poblado de hombres, pero desierto de humanidad.

Maestro en el habla, como en otras ciencias, fué el varón doctísimo á quien sigo, que no heredo, en la Academia.

El epicedio usado en estas solemnidades, es en la de ho ytributo, si amargo por el amargor de las lágrimas, dulce por lo fácil y fácil por lo justo del elogio. Hay apellidos que son por sí solos un panegírico: no queda por hacer sino señalarlos. D. Aureliano Fernández Guerra era para los viejos una autoridad; un venerable para los que vinimos algo después; una figura ya histórica para la generación novísima. De ésta conocían todos su nombre, muchos sus obras, pocos su persona.

Léjos del alboroto mundanal; encerrado en su biblioteca, y se dijera mejor, encerrada la biblioteca en él, por lo que sabía; clavado en su sillón por achaques de una vida sacrificada en la mesa de estudio, arrugado el rostro y tersa el alma, encogido el cuerpo y derecha la conciencia, gastados los ojos y entera la luz interior, flacas las manos y firme la voluntad, grave el continente y bondadosa la palabra, tal le hemos visto los que le alcanzamos ya en sus días postreros con la triple corona de las canas bien honradas, del saber bien aprovechado y del dolor bien sufrido.

Y en aquel cuerpo casi inmóvil había bullido un espíritu muy trabajador.

Nacido en una dinastía de hombres de estudio, él mismo se llamaba *estudiante de por vida*. Pasóla estudiando y

empleada en todo orden de ejercicios del entendimiento y con aptitudes variadísimas que saltaban sin esfuerzo desde las sequedades del informe forense á las lozanías del arranque lírico; desde las mentiras dramáticas, tan bien dispuestas que parecen verdad, hasta el descubrimiento de mentiras tradicionales que habían pasado por verdad en el mundo literario y arqueológico.

Poeta, catedrático, geógrafo, crítico, historiador, fué muy arriba en todo, porque era muy alta su inteligencia; pero llegó á las cimas supremas en los estudios de la historia y de la geografía histórica.

Si los vivos hubiéramos de disputar á la tierra los despojos de aquellos seres amados y que nos amaron, la Academia Española retendría el cuerpo de su bibliotecario, porque en ella vivió: pero nuestra hermana, la de la Historia, reclamaría su corazón, que le pertenece de derecho, porque á ella dedicó sus principales amores.

La mejor parte de sus obras, tanto las publicadas como las que deja inéditas, corresponde, en efecto, á la jurisdicción histórica. Aun las literarias van por ese camino, y no por el de la imaginación, esceptuados los poemas líricos y dramáticos.

Sus investigaciones históricas y geográficas, han deshecho muchos errores corrientes hasta que él los atajó, y repuesto en su lugar ciudades y hombres que los malos vientos de la fábula habían mudado de asiento y de carácter. Era un verdadero reconstructor de lo pasado.

Las monografías de la *España primitiva*, no acabada, y las acabadas y perfectas de *La Cantabria*, *La Deitania*, *Iliberri* y *Munda pompeyana*, fijan los límites y situación de territorios y municipios, con autoridad acatada ya en la ciencia europea.

Él ha quitado 119 años de edad supuesta al *Fuero de Aviles*, demostrando la falsificación, recibida por los siglos y por los sabios, de aquel documento jurídico, histórico y lingüístico.

El ha reconstruído, ó mejor creado porque estaban en la nada, poetas como el licenciado Rodrigo Caro, restituyéndole sus *Ruinas de Itálica*, y como Francisco de la Torre sacrificado á la mayor gloria de Quevedo, el cual ciertamente no necesitaba de esa acumulación para su grandeza. El le ha indemnizado largamente de tal pérdida, dándole una personalidad dramática desconocida, y levantando un monumento á su vida y sus obras, ya que no lo ha hallado su persona, aquí donde hay monumentos de los que está cayéndose la estatua por falta de pedestal. Acaso lo agradecerá aquel hombre extraordinario, á quien las gallardías y las gracias de Dios le cayeron por dentro, en lo que sobrevive, y las pocas desgracias por fuera, en lo perecedero.

Como sería inacabable y además ajeno á esta ocasión escribir la biografía literaria de Fernández Guerra, basta para representarlo, reducido á lo que aquí cabe, decir de él que nació sobre un libro, vivió en una biblioteca y murió sobre otro libro. Con ser innumerables los que leyó, enseñan más los que compuso, porque les añadió el caudal de su inteligencia sobre lo que sacó de los ajenos.

Cumplidas las obligaciones del corazón para con lo que fué, bajemos ahora los ojos á lo presente, á donde los llaman obligaciones de nuestro estatuto. Y lo presente es el discurso prescripto acerca de alguna materia literaria. Y lo más presente, á mi ver, en tales materias, es la forma novísima de la literatura, la literatura de la actualidad, la que no opera como el arte en los seres muertos de la historia, ó fingidos por la imaginación. sino que opera en vivo, en los cuerpos palpitantes de hombres y sucesos reales y existentes.

Discurriré sobre el periodismo.

Pero el periodismo ¿es género literario?

Ensalzado por unos, que le conceden más de lo que él pide; ofendido por otros, que le niegan lo que se le debe; utilizado por sus mismos enemigos, que así lo reconocen

como potencia social, hemos de concordar en que es un género de la literatura, aunque los preceptistas no lo hayan empadronado en su censo.

Es género literario la oratoria que prende los espíritus con la palabra y remueve los pueblos con la voz; es género literario la poesía que aloja la lengua de los ángeles en la boca de los hombres; es género literario la historia, enemiga triunfante de la destrucción y del tiempo, porque hace volver el que pasó y resucita el alma de las edades muertas; es género literario la novela que narra lo que nadie ha visto, de suerte que á todos nos parece verlo; es género literario la crítica que pesa y mide la belleza, y tasa el valor y contrasta la verdad de las mentiras artísticas; es género literario la dramática, que crea de la nada hombres mejores que los vivos y hechos más verosímiles que los reales: ¿no ha de serlo el periodismo que lo es todo en una pieza, arenga escrita, historia que va haciéndose, efeméride instantánea, crítica de lo actual, y por turno pacífico, poesía idílica cuando se escribe en la abastada mesa del poder, y novela espantable cuando se escribe en la mesa vacía de la oposición?

Ya por el año de 1845. D. Joaquín Francisco Pacheco, abogado de buenas causas y gran maestro en la ciencia del derecho, defendía los del periodismo, y exhortaba á esta Academia para que le reconociera beligerancia literaria (*). Si eso se pedía cuando la prensa no era llegada á la madurez, ¿no habrá razón para pedirlo hoy, cuando precisamente en ese medio siglo se ha desarrollado y extendido hasta llenar con su voz y envolver con sus millones de alas blancas la superficie de la tierra? No será mucho otorgar ya fuero literario, como á las otras artes de la palabra, á la palabra en pie de guerra y en combate diario. Y todavía parecerá poco á los que, con-

(*) En su discurso de recepción en la Academia Española, ante la cual disertó sobre esta misma materia periodística.

siderando la influencia del periodismo, le conceden fueros mayores que á ningún otro género de literatura; fuero político y categoría de institución y poder del Estado moderno.

Rebajando la jerarquía á los grados de la realidad es, sino un poder constituído, una fuerza social.

No dicta leyes, ni expide decretos, ni impone penas; nada de lo que hace tiene fuerza de obligar. Informa, comenta, discute, opina. Su jurisdicción es voluntaria: se le someten los que quieren. Pero ¿qué autoridad no ejerce sobre el vulgo, el vulgo alto y bajo, que acata sus informaciones por verdades, sus pareceres por sentencias, sus elogios por beatificaciones y sus censuras por penas irredimibles?

Su poder es poder de sugestión.

Sin llamarnos, le seguimos; sin atarnos, nos sujeta; sin mandar, es obedecido. Sábese que la prensa está escrita por hombres nacidos en la culpa original, y parece dictada por evangelistas tocados de la luz celeste, como si el pensamiento, al caer en la fundición de los caractéres metálicos, se purificara, en su crisol, de las escorias terrenales.

¿Quiere el vulgo confirmar la certeza de un hecho? Pues dice: "lo he visto en letras de molde.„

No parece si no que todo lo hablado, aun la misma verdad, toma la inconsistencia del aire que se lleva las palabras, y que todo lo impreso toma la solidez y el peso del metal que lo ha fijado.

Porque infunden verdaderamente confianza lindante con la fe esos signos bullidores, legión de menudos duendecillos que todo lo saben, todo lo cuentan y por todo se meten formados en columnas cerradas y filas simétricas, por cuyos espacios se asoma lo ausente, y se acerca lo lejano, y se aparece lo recondito como en espejo mágico; qué milagro de magia, si no es de poder divino, inspiró á Gutenberg su maravillosa obra de ir esculpiendo lo que

se va pensando, y cristalizar la palabra y darle ser corpóreo en la escultura de la imprenta.

Pero sin creer en duendes ni prestigios de magia, puede afirmarse que esa fuerza de sugestión procede precisamente de algo misterioso, de lo invisible, de lo anónimo. El anónimo es, en efecto, la vara de virtudes del periodismo (*).

El interés del público aumenta cuando se oculta la personalidad de quien le habla. Acontece como en el teatro greco-latino: el actor tenía que ponerse la máscara sonora para que la voz llegase á la muchedumbre.

Andará fuera de razón, pero es cosa observada en la prensa, singularmente en la política, que el peor artículo anónimo vale más que el mejor firmado. ¿Por qué? Por que este es *una opinión:* aquel *la opinión.*

Y véase cómo barajando palabras acertamos á dar con la que es clave del secreto. Porque conviene saber que la prensa recibe toda su fuerza de la opinión pública. O no vive ó vive de ella y para ella.

Y ¿qué es la opinión? Nadie la ha definido bien y todos la sentimos formarse y funcionar á nuestro lado.

Es impalpable y se masca como se dice del ambiente. Es ciega y prevé lo que no se alcanza y murmura "esto se vá, aquello llega„, y esto llega y aquello se vá. Es sorda y presiente los derrumbamientos, como por los ruidos subterráneos el terremoto. Es invisible y derriba imperios fortísimos y enfrena anarquías desbocadas. Es imponderable y pesa más que todos los cañones de la tierra y todos los acorazados del mar. Es una expósita de la calle sin nombre para sí, y da ó quita los ajenos y reparte á su antojo glorias y descréditos con que humilla á los grandes y engrandece á los humildes.

(*) Zola atribuye al anónimo la autoridad de la prensa inglesa. Cree que el anónimo, conveniente para la crítica política, no lo es para la literaria. No se vé la lógica de tal distinción. En Francia y en España han usado y usan del pseudónimo críticos muy notables, y no por eso pierden su autoridad.

Véase el discurso leído por Zola en Londres ante el Congreso de periodistas ingleses, en 22 de Septiembre de 1893.

¿De dónde viene? No sale de ninguna parte y se entra en todas: hasta donde no se la quiere penetra filtrada como la humedad.

¿Dónde está? Fuera y dentro de nosotros porque la aspiramos en el aire. Que así como nuestro globo tiene su atmósfera física, la sociedad humana tiene su atmósfera moral, de la cual no nos es dado sustraernos ni salirnos bajo pena de perecer por asfixia en el enrarecimiento del aire social.

¿Cómo y con qué se forma? Con todo lo que se exhala del corazón y de la cabeza de cada hombre y del contacto permanente de unos y otros. Calor de ideas mozas, moléculas de las fenecidas y no enterradas: transpiración de las necesidades y los anhelos comunes: resíduos de costumbres añejas y de preocupaciones mamadas: sudores de los que trabajaban sin premio y vaho de hartura de los premiados sin derecho: lágrimas de los maltratados ó perseguidos sin justicia, y hervores de la caridad que los compadece y de la indignación que se subleva: deshielos de la paciencia pública; alientos del patriotismo y hasta humos de las vanidades de raza: en suma, aromas y supuraciones, olor de lo santo y hedor de lo podrido, todas las emanaciones individuales desprendidas y dispersas acá y allá van acumulándose á nuestro alrededor, y subiendo por encima de nosotros, para componer la atmósfera de cada sociedad, y la presión espiritual de cada momento. Y ahí está la opinión de todos y de nadie, porque la poseen todos en disfrute, nadie con señorío. Y como, aun conservando desatada la persona y libre la voluntad, respiramos sometidos á su influjo, sufrimos esas que porque se propagan universalmente podrían llamarse epidemias de sentimientos y de ideas, fiebres de entusiasmos y hasta pestes de error y estados morbosos; que no siempre la opinión es sana, aunque parezca fuerte, ni por ser soberana es inviolable á los accesos del delirio ó los ataques de la locura.

Dáse por entendio que se trata de la opinión general de un pueblo, no de la fabricada por artificial manipulación al modo que se oxigena el ambiente de un enfermo; pues ésta, alimentada por intereses parciales de clase ó de escuela, no es opinión, sino bandería.

¿Cómo funciona? Por masas en acción, ó disgregada.

Vedla en ejercicio delante de una obra de elocuencia ó de arte. Esa multitud no es una columna de unidades: es una suma total; no es una sucesión de notas graves, medias y agudas; en una nota nueva en que entran todas á la vez y ninguna domina; es un acorde; es el público. Pelea encadenado como los cimbros y vence ó sucumbe junto.

Allí hay solamente una mirada. dos manos y una boca, que tales parecen todas cuando á compás se clavan en el punto magnético ó se mueven para aplaudir, ó se abren para aclamar.

Esa muchedumbre no razona, siente; no juzga, ama ó desama; no se mueve, se estremece como sacudida por descarga eléctrica. A lo largo de la cadena que los une corre el fluído social que se desarrolla por contacto en las colectividades.

Acumulado y preso en grandes masas, el fluído de la opinión obra por sí mismo y por su propia eficacia y, así como el atmosférico rompe en tormentas en el espacio, éste produce revoluciones ó apoteosis en la política y relámpagos de gloria ó rayos de muerte en el arte.

Pero el fiuído en libertad, inerte y perdido por el mundo ha menester de acumuladores que lo almacenen para aprovecharlo y lo aprisionen para convertirlo ya en movimiento para la máquina, ya en sonido para el teléfono, ya en luz para el arco voltáico, ya en expresión viviente y activa para la sociedad. Donde se ven claramente las funciones de la prensa respecto de la opinión. Ni la engendra ni la hace: la toma hecha y la acumula para distribuirla y dirigirla condensada en movimiento,

en luz y en palabras. Con que se entiende lo dicho arriba; á saber que la prensa ó es receptáculo de la opinión ó no tiene fuerza que enviar á ninguna parte. Esos formidables rollos impresos que parecen órgano con voz propia, son en puridad un tornavoz de papel volante.

Pues si no mueve la opinión ¿cómo la gobierna? Y si debe seguirla, ¿como la dirige?

Como el timón al barco: va detrás pero lo guía, no porque lo mueve, sino porque lo encamina.

## COMO FUÉ EL PERIODISMO.

Eruditos y genealogistas andan tiempo ha empeñados en la faena de buscarle blasón en la antigüedad.

Tomemos nosotros el periódico desde que es periódico, ó sea papel impreso para el público, en períodos regulares y con título permanente.

Dejo al cuidado de otros los abolengos y entronques; y lo dejo hasta por fácil; porque es fácil y además perdido trabajo el de hacer lo que está hecho, y presuntuoso en mi intentar mejorarlo.

Extractando ó copiando de las muchas y buenas monografías que existen, (*), rellenara yo este discurso con poco gasto de mi bolsillo.

---

(*) VÉANSE: *Apuntes para un catálogo de periódicos madrileños*, por D. Eugenio Hartzembusch. Interesantísima obra premiada por la Biblioteca Nacional, 1894.

—*Del origen del periodismo en España*, por D. Pascual Gayangos. Estudio publicado en el *Boletín-Revista de la Universidad de Madrid*. Núm. 10. 25 de Mayo de 1869.

—*Antigüedad é importancia del periodismo en España*, por D. Juan P. Criado y Domínguez. Contiene noticias de periódicos de Madrid y provincias y una variada bibliografía relativa á la materia.

—*Historia de la «Gaceta»*, por D. Aureliano Fernández Guerra y Orbe. Artículo breve, pero erudito, publicado en la *Gaceta* de 1.º de Enero de 1860.

—*La historia del periódico político*. Discurso leído ante la Real Academia de Ciencias morales y políticas por el señor Marqués de la Fuensanta del Valle, 24 de Abril de 1892.

D. Antonio Alcalá Galiano, en sus *Recuerdos de un anciano* y D. Ramón de Mesonero Romanos, en sus *Memorias de un setentón*, dan también curiosas noticias acerca de periódicos de sus mocedades.

No haré sino tocar levemente la médula y sustancia del periodismo viejo. Para el conocimiento de lo pasado, interesan menos los nombres que los caracteres, más que el movimiento cronológico de una época su movimiento espiritual y antes la anatomía interior que el recuento de los cadáveres tendidos por la historia.

Y ya porque la mucha extensión de la materia me lo vede, ya porque el patriotismo me sujete, mi trabajo no ha de traspasar los términos de las fronteras nacionales. Son tan frecuentes los olvidos ó las injusticias ó las ignoracias con que los extranjeros suelen tratarnos, que el omitirlos alguna vez parecerá en nosotros lícito desquite de la altivez nativa. Paguémosles en moneda equivalente: aun perdiendo algo por las diferencias del cambio y del mercado, enseñaremos siempre el noble cuño de la moneda nacional.

Allá se las haya el periodismo extranjero con su precedencia y sus triunfos ó sus desastres.

Cántenlos ó llórenlos los ciegos de París.

Apartando por impertinente la balumba de *Avisos* y *Relaciones de sucesos,* que se publicaban únicamente cuando éstos lo pedían, y excluyendo el copioso epistolario que muchas y muy renombradas personas escribieron sobre cosas políticas y generales de su tiempo, afirman los autores que la primera publicación con intenciones y forma de periódico, fué la redactada por Andrés de Almansa y Mendoza, bajo el título de *Cartas que escribe un señor de esta corte á un su amigo.*

Vivió poco, azarosamente, á salto de mata y cambiando de nombres, como viven los perseguidos de la justicia. Y murió, en efecto, perseguida por los ministros y cortesanos de Felipe IV, quienes practicando de corazón la modestia cristiana, no consentían que la manoizquierda de la publicidad supiese lo que la derecha hacía en el Gobierno.

La correspondencia de Mendoza no pasó, pues, de tentativa loable, pero falta de algún requisito necesario; y

por ello es lícito asentar que, como periódico tal, fijo, titulado y estable, la *Gaceta* es el primero en España.

Reina con su privilegio exclusivo, sin oposición ni competencias del oficio, que son freno á veces para la ganancia, más frecuentemente espuela para el adelanto.

Ejerce el monopolio de la curiosidad, no el de la opinión, que no la creía ni la utilizaba para sus quejas y desahogos.

Y así sucedía que aquella sociedad, inservida por aquel periodismo insuficiente, le buscaba complemento en lo clandestino y lo anónimo. Los papeles satíricos eran como los resuellos de la opinión amordazada, dispuesta á creer una calumnia de ellos mejor que una verdad de la *Gaceta*. De donde se seguía que queriendo ahogar el escándalo, se le fomentaba. Ignorancia ó error de los Gobiernos que, por no dar á las lides políticas espada de caballero y casco de nobleza con visera alzada, ennoblecían sin querer el puñal villano de lo anónimo y elevaban el artículo clandestino á la jerarquía sagrada de artículo de fe.

En 1680 el Gobierno de D. Carlos II se hartó de papeles y mandó que *no se imprimieran ni publicaran mas Gacetas*, y con excepción de algunas extraordinarias y de relaciones sueltas de sucesos, España quedó á obscuras de información contínua y de noticias públicas. Para lo que había que ver entonces por todas partes, la obscuridad fué antes que golpe de tiranía, velo piadoso para cubrir un cadáver.

El periodismo cobra más estabilidad y extensión en el reinado de Felipe V.

El nieto de Luis XIV quiso traerse con su persona su Francia. Trajo sus ministros y sus embajadores para gobernarnos, su Versalles á nuestra Granja, su Academia á esta Academia, y quiso traer á su corte la vida literaria de la corte de su abuelo. Hay que agradecerle la buena intención: nos traía aquello de que andábamos necesitados, porque había desaparecido al acabar el siglo XVII.

Con el amparo del Rey la prensa (*) agregó terrenos á sus dominios Su primer jornada fué noticiera; esta segunda literaria y filosófica como correspondía á los vientos reinantes.

¿Por qué correspondía?

Vamos á verlo en el ejemplo de la prensa presente. La literatura es su salvavidas, su cable de auxilio en apuros y necesidades. El domingo es día de huelga nacional: huelga en las Cortes, en los Ministerios, en los Tribunales, en la Bolsa: los hombres públicos huelgan en el descanso del hogar ó del campo.

Cerradas así las fuentes de información, ¿de dónde se saca una noticia? ¿Cómo se da interés al periódico? ¿Como se suple la penuría de ese día nefasto? Con la hoja literaria.

Pues bien: el siglo XVIII es un domingo largo en nuestra historia. España dormita: está como en una media noche equidistante de ambos crepúsculos. Habíase puesto el sol de nuestras glorias, y no apuntaba todavía el amanecer de nuestra revolución política. Es tarde para escribir de grandes sucesos y pronto para escribir de la cosa pública en la prensa.

Desde que la arcabucería española se apagó en los pantanos de Rocroy, nuestro poderío militar había entrado en decadencia definitiva, y estado tan miserable, que ganando ó perdiendo batallas al principio, perdíamos á la postre las campañas, porque no nos devolvían lo perdido y nos obligaban á restituir lo ganado.

Gobierna casi siempre la golilla y da, aunque no siempre, su honesta compostura á la administración.

Las melancolías de Felipe V. y las costumbres tem-

---

(*) Felipe V costeó la publicación del importante *Diario de los Literatos de España* el cua fué, aparte de la *Gaceta*, el decano de la prensa española, pues *El Duende de Madrid*, aunque nacido dos años antes (1735), no debe considerarse como tal periódico por que corrió manuscrito. Tampoco hubiera podido correr impreso, por ser una sátira política contra el Gobierno de D. José Patiño, á la manera de los papeles clandestinos del siglo XVII. Lo redactaba un carmelita descalzo, fray Manuel de San Joseph.

pladas de sus sucesores imponen relativa seriedad á la vida cortesana. No hay, pues, fuera de cortos trechos, muchas fiestas que describir, ni muchos lances que contar, ni privanzas ni camarillas de donde el escándalo saque partido.

La topografía moral de España era otra: campo más llano; también más seco; ni grandes alturas ni hondonadas grandes. Todo pacato, formalista, monotono; siglo afeitado, con cara de viejecilla prematura. ¿Qué hacer para sacudir la curidad y el interés?

Pues periodismo literario y filosófico. El cual ayuda y sirve á aquel movimiento manso, pero fecundo, que, sin ser visto ni oído, prepara la evolución del siglo XIX. Los semanarios y revistas, con artículos propios y extractados ó traducidos de los extranjeros, van transportando acá el sentido de la enciclopedia. Feijóo observa desde su claustro de Oviedo lo que hay fuera de la España vetusta, y descarga duros golpes sobre ella y contra sus rancios errores. La doctrina regalista merma la potestad eclesiástica, que era el enemigo de entonces, y, á su costa, fortalece la potestad civil, madre y fuente de todas, desalojando de sus últimas posiciones á los poderes antiguos.

La aristocracia, representada por el heredero de aquellos Villenas perturbadores del siglo XV, se pasa á esta Academia para dictarle el lema de su escudo, y combatir por la lengua en vez de pelear por el Gobierno en los bandos de Castilla. Abates y frailes se van desde el rezo á las prensas; y otros, lejos de andar por los confesionarios regios aterrando conciencias ó absolviendo pecados á trueque de mudanzas políticas, andan por graderías y balconcillos del teatro dirigiendo á chorizos y polacos.

Ocasión y ambiente propicios al desarrollo literario si hubiera gérmenes en la tierra española que ya no los tenía, cansada sin duda de la portentosa cosecha del siglo de oro.

Pero aquel periodismo, con sus controversias eruditas y sus disertaciones doctrinales, machacaba en el hierro frío de un ingenio resecado y de una literatura recocida é insustanciosa, pobre de carne, sobrada de plumas y medianísima de vuelo. Sólo allá en las postrimerías del siglo y tocando en la linde del décimonono se levanta con la musa tierna de Meléndez, el arpa vibrante de Quintana y el afrancesamiento patriótico de Moratín.

Alborea el siglo actual: cambia la luz de España y el periodismo toma otros tonos. Entra en su tercera jornada, ganando una nueva jurisdicción. Fué antes noticiero; después literario; ahora es además político, consonando con el estrépito de la guerra. En aquel sacudimiento nacional todo brota por espontánea erupción, como de los temblores de la tierra brotan á veces manantiales de agua hirviente.

Brotan voluntarios y guerrilleros para pelear, oradores para caldearlos, y periódicos que se propagan como reguero del pólvora para avivar la llamarada patriótica. Donde se constituye una junta, donde se apercibe la defensa, surge una imprenta y se imprime un periódico. No de otra suerte nuestros conquistadores llevaban junto al estandarte de guerra la Cruz de Cristo, como si esperaran tanto del poder de las armas como de la ayuda de Dios.

En Madrid, después en Sevilla, luego en Cádiz, donde quiera que iba quedando un pedazo de territorio libre, allí flotaba una hoja de papel como bandera que señalaba la patria.

Eran liberales los periódicos mejores; serviles los menos: pocos pero ciertos los afrancesados. Habíalos redactados por varones ilustres que viven en la gloria de las letras y de la tribuna: habíalos redactados por frailes que no viven en la gloria mundana, y, según fueron sus pecados de ira, tampoco han de vivir en la celestial; porque unos y otros escribían, antes que con pluma, con punzones de acero mojados en sangre. Viéronse cotidiana-

BIBLIOTECA NACIONAL ACADEMIA ESPAÑOLA

mente atropellos de la procacidad, licencias del lenguaje, derroches de la furia ahorrada en todo el siglo anterior. No son para imitados ni absueltos; tampoco para condenados sin atenuación. Se desbordan los ríos con los deshielos por calor repentino; rompen su presa natural los pueblos con caudales de derechos llegados de improviso. No es maravilla que sociedades no acostumbradas se emborrachen con el placer desconocido de la libertad.

Y es muy de notar en el movimiento patriótico y político de los años 8 al 14 un fenómeno que tiene semejante en la antigüedad clásica. Roma impone su Gobierno y conquista su territorio á los griegos: el helenismo impone su cultura á los romanos. Estos poseen el cuerpo de Grecia, pero le entregan el alma. No se discierne en verdad cuál de ellos es el conquistador y quién el conquistado.

De igual modo la prensa de nuestra primer revolución predica guerra mortal á los franceses, y abre los brazos á los principios político-sociales del invasor.

La Asamblea gaditana se llena con los aires renovadores de la Convención francesa.

Pudiera decirse que los españoles cortaban la cabeza á sus enemigos para tomarles lo que traían dentro de ella.

El camino de Francia tuvo entonces doble vía: por la una se marchaban los ejércitos, por la otra venían las ideas.

¡Qué palabras de saludo y despedida, qué razones de misteriosa enseñanza se dirían al cruzarse aquellas ideas que entraban vencedoras en débiles pedazos de papel, y aquella fuerza que salía derrotada á lomo de sus inútiles cañones!

De entonces acá el periodismo, en posesión de todos sus medios, ha vivido con varia fortuna y sucesivas transformaciones, siguiendo el humor de los tiempos y el flujo y reflujo de las mareas políticas.

La restauración del año 14 si no lo suprime de raíz, lo reduce mucho con ayuda de la Inquisición, que, tratán-

dolos como á herejes, recoje los periódicos políticos cuando son contrarios á la fe absolutista. Los liberales lo traen el año 20; los realistas se lo llevan el 23, y molido y maltrecho de puro zarandeo, llega al régimen constitucional.

Con él toma ya asiento permanente, aunque no siempre cómodo, en nuestra sociedad.

Llega el periodismo sectario. No pertenece á la opinión; pertenece á una opinión. Ha de ser moderado ó progresista; por otro camino no encuentra auxilios ni lectores.

La política es entonces una religión; el partido su iglesia, el periódico su misal, el periodista su sacerdote. Es un puritano casi espiritual: ni cobra ni come del todo, mientras no vienen los suyos. Mira con odio santo al enemigo: no pisa un ministerio cuando está en la oposición; se cree impurificado si entra en la mezquita siendo cristiano, y siendo musulmán no entra en el templo por no quitarse el turbante.

Progresista, es conspirador siempre esperanzado, ó héroe de barricada; vencido, los moderados, gente prevenida, cortan el vuelo de su pluma por mano del fiscal de imprenta, ó lo deportan en cuerda á Filipinas; vencedor, se considera cruelmente vengado, cuando triunfante la causa de la libertad... musical, puede herir con el himno de Riego los oidos de sus adversarios. Y después, ufano y henchido de los goces de su libertad, se va el *7 de Julio* á sudarla bajo la pesadumbre del morrión miliciano.

¡Ah! Respetemos sus inocencias porque eran de pura fé, y sus fanatismos porque eran arrojos de la pasión; y bendigámoslos, porque aquella buena madre nutrió con su sangre, derramada en plazas y trincheras, la vida libre de la sociedad y la prensa actuales.

Bendigamos aquella milicia de mártires de catacumba, mineros que trabajaron bajo la tierra para enviar el oro á la superficie. Pasaron desconocidos los de ayer, como pasan desconocidos los de hoy hasta que dejan de serlo todo, periodistas y hombres.

Sábese como se llamaron, cuando fuera el periodismo se han llamado Benavides, Pastor Díaz, Donoso Cortés, Estébanez Calderón, González Bravo, Ríos Rosas, Rivero, Sartorius.

Los demás... no se han llamado nada hasta que la muerte los sella con su terrible marca de *inútil*. "Ha fallecido nuestro compañero tal, que era redactor de...„

La ola negra del anónimo los sumerje; solo los deja sobrenadar cuando son cadáveres.

## COMO ES EL PERIODISMO

Es venida la plenitud de sus tiempos, y adelanta en treinta años más que en los dos siglos anteriores. Va empujado por el apresuramiento universal. Soplan vientos huracanados por todas partes y nadie puede esperarlos á pie quieto.

Los ejes de la estabilidad se han roto y la paciencia se ha puesto nerviosa con la vejez. La sociedad va de viaje, no se sabe adonde, y pide ser servida prontamente en la estación, porque el tren no aguarda á los rezagados.

Prefiere perder la vida á perder el tiempo, y viaja sobre el filo de dos espadas kilométricas, se embarca en vasos que revientan y se alumbra con rayos que pueden matarla, pero que hacen la luz al *fiat* instantáneo. Quiere saber muchas cosas, oirlas pronto, olvidarlas deprisa. La sabiduría se dilata perdiendo de intensidad lo que gana de espacio. El libro tiene demasiado peso para éste andar á la lijera: por eso está quedándose atrás. El periódico ocupa menos, habla con rapidez y pasa sin rastro profundo: por eso va tomando ladelantera, y, como las flotillas de poco calado, se mete donde quiera que hay agua y arriba á las costas más bajas. Así es que la lectura del periódico se ha centuplicado.

¿Son más leídos los periódicos porque son mejores ó son mejores porque se lee más? Todavía no está contes-

tada la pregunta. Pero sin inquirir ahora la causa primera, baste señalar dos efectos comprobados: á saber que los periódicos son hoy mejores y más leídos que los de antaño. Mr. Brunetiére (*) ha dicho ante la Academia francesa que el antiguo periodismo fué superior al presente. El director de la *Revista de Ambos Mundos* da delicado ejemplo de modestia sacrificándose por sus antecesores. Y acaso su afirmación podrá ser una verdad en París, donde el meridiano de la cultura adelanta más que el de Madrid.

La prensa de allá subió á su mediodía cuando aquí empezó á amanecer: es natural que descienda á su ocaso, cuando aquí entramos en el mediodía: porque el sol no se avecinda ni duerme en ningún país, y temprano ó tarde va iluminando por igual todas las latitudes.

Lo cierto es que nuestro periodismo se ha transformado con ventaja del interés público, de los procedimientos y de las formas así intrínsecas como externas.

Ha recogido cuanto encontró en sus jornadas anteriores y lo guarda mejorándolo. Es enciclopédico en miniatura, porque enseña de todo un poco: universal, porque se dirije á todos los intereses y clases: cosmopolita, porque trae vida de todas partes, y hasta políglota, porque está escrito á veces con despojos de muchas lenguas.

Compárese un periódico de hoy con el de ayer. Se ha libertado del zaquizamí lóbrego donde se escondía como poeta bohémio, y habita á uso de burgués rico en palacio propio, solar á veces de casa grande, como enseñando que la inteligencia sube por donde bajan las noblezas heredadas. Cómodos gabinetes de estudio sustituyen á aquellas mesas de redacción, que eran, por lo general, mesa de comedor, en la cual no se comía sino esperanzas con que se confortaba la alegre mocedad.

---

(*) En el discurso leído ante la Academia francesa, en el acto de su recepción; Febrero de 1894.

Sirve al progreso intelectual, y el progreso material le sirve á él.

La industria le envía, no ya resmas, sino leguas de papel enrrolladas.

El vapor le mueve sus máquinas, que, con rotación incansable como los tumbos del mar, arrojan oleadas de ejemplares. La estereotipia fija las letras móviles, y aprisiona en cárcel perpétua el pensamiento que huye, y el suceso que pasa.

El telégrafo traquetea día y noche, colaborador sin sueño del periódico sin distancias, y recoje á un tiempo las voces de los cuatro vientos. La fotografía copia, y el buril graba, para representar en las planas periódicas el drama vivo, con su decoración propia y sus personajes retratados para que nos parezca todo presente y nos sean todos conocidos, como si el hombre á semejanza de la divinidad, llevase el globo reducido en el hueco de la mano. Y por aquella circulación estensa que ensancha el radio de su acción, y por estos recursos que son verdaderos encantamientos con que penetra en el hogar, y se apodera del ánimo por todas sus puertas, la del interés, la de la curiosidad y la de los ojos, el periodismo tiene asiento y voto de preferencia en la política, en la literatura y en la sociedad.

## COMO ES EN LA POLÍTICA

Los periódicos de partido ó de representación personal medran poco; hallan la muerte en lo que antes la vida. Los periódicos más leídos conservan, sí, los principios cardinales de escuela, porque quien hace profesión de la crítica, ha de tener necesariamente reglas y arquetipos ideales. Pero sin faltar al dogma, no rezan por la liturgia, y separan de la religión el culto de las imágines.

Sea porque buena parte de las cuestiones políticas no son ya cuestiones de derecho teórico, sino hechos con-

sumados en el derecho escrito; sea por enfriamiento de los entusiasmos y vacilaciones de la fé, sea porque el hartazgo de la generación pasada prescribe á la actual dieta y descanso prudentes, el caso es que la política va aligerando su cantidad y condimento en el periodismo. La noticia ha destronado á la discusión. Hoy empalagarían aquellas polémicas interminables y aquel fárrago doctrinal que deleitaban y conmovían á nuestros padres. Hay menos sabiduría, pero más realidad y más arte para presentarla.

Privan los artículos cortos, la relación comprendiosa, las informaciones de los acontecimientos vistos por lo interior y lo exterior; la crítica accidental, y esas entrevistas que sacando á la plaza la conciencia de los hombres públicos, los lleva á vivir realmente en público, y con las transparencias dignas de la política moderna, la cual, antes que maña, de intriga y emboscada, ha de ser arte de justicia y veradd.

Por este vario contenido, la prensa es riquísima fuente para lo porvenir al que da hecha la historia de hombres y sucesos.

Sustituye á las antiguas crónicas, y las supera, tanto por la mayor abundancia de pormenores, cuanto porque en aquellas aparece el hecho tal como lo vió ó lo sintió el cronista: hay que tomarlo ó desecharlo sin otra comprobación.

De estas de hoy, aunque sean parciales, como son muchas, de diversa mano, y compulsadas por ojos enemigos que se vigilan recíprocamente, se estraerá la certeza aplicando á las columnas de los periódicos el método vulgar de comprobación de las columnas de sumandos: que consiste en ver si mirados de abajo arriba dan la misma cantidad que de arriba abajo.

Quedará á lo futuro una sola labor, la crítica, nunca libre en los juicios de presente. Ella corregirá los defectos naturales de la perspectiva cercana, en la cual lo pequeño

se nos antoja grande porque nos cubre los ojos, y lo grande pequeño porque, no abarcando todo, lo vemos por partes y por escenas sueltas.

Así sucede al viajero egipcio que se acerca al pie de las pirámides: las menudencias se le vienen encima, y le ocultan el conjunto. Le parecen protuberancias deformes las desigualdades del granito, y hendiduras, por donde amenaza la ruina, los huecos que dejó la piedra mal unida ó abrió la corrosión del tiempo. A medida que se aleja, lo que sobresale va entrando en línea, el hueco se rellena, la superficie se iguala, lo pequeño desaparece, y, ya á distancia, la caravana contempla con admiración la línea colosal de aquella grandeza.

La crítica de los vivos se complace en desmenuzar á los hombres y romper las estatuas: por eso ve solo fragmentos de estatuas y pedazos de hombres.

La prensa es el complemento del régimen parlamentario, el multiplicador de la oratoria y el guardian de la moral pública.

Sin ella la elocuencia política se pierde como voz en el desierto, y los Parlamentos serían institución casi tan muerta como las antiguas Cortes de nuestros Reinos.

Y la moral, ¿qué no debe á la prensa, freno constante para las incontinencias políticas y administrativas?

El temor de la publicidad hace más virtuosos que la virtud, porque las lenguas desatadas atan las manos atrevidas. A pesar de eso, se desatan y se atreven las manos, como también pagan las justas por las pecadoras. La imperfección es el castigo de la soberbia terrenal: denunciados y denunciadores, jueces y juzgados, salen de la marmita donde se cuece la carne humana y hay que pasarla con su hueso. Pero es evidente que las costumbres políticas se han purificado por el fuego de la prensa, aunque otra cosa piensen los que confunden la intensidad de la mancha con la intensidad de la luz que la pone al descubierto. Hay algo más corruptor que la inmora-

lidad que escandaliza el aire: y es la inmoralidad que fermenta tapiada, hallando deleites tentadores en su propia sordera.

## COMO ES EN LA LITERATURA

La literatura comparte con la información el hueco que la política va dejando en la periodismo. Además del folletín, inquilino viejo que continúa aposentado en la planta baja, la prensa publica bien á diario, bien en suplementos semanales, toda especie de escritos de útil ó de amena literatura.

Cuentos y estudios históricos: carcajadas de la musa festiva y lamentos del dolor poético, vulgarización de la ciencia, y crítica de las obras del arte, van incorporando en la prensa diaria la materia que era antes privativa de las publicaciones ilustradas. Colaboran con los periodistas de oficio, los hombres más insignes en las letras y en la política, los mismos que en llegando á las altas jerarquías consideraban antes comprometidos los respetos de su nombre si lo llevaban á las columnas de los periódicos. A más de esta conquista de las eminencias, el progreso dulcificador de las costumbres ha conseguido establecer una legalidad común á todos los partidos en el periódico, y es corriente ver en uno mismo firmas de diversa y aun de irreconciliable significación política. Pecado mortal en otros tiempos de intransigencia en que entregarse, aun literariamente, á periódico enemigo era tacha de deshonestidad y punto menos que apostasía.

Con este concurso, la prensa va siendo una manifestación literaria no menos importante que otras por su calidad y más leida por su baratura, con detrimento posible del libro, pero con beneficio seguro de la cultura popular.

Y aquí acuden al cebo de la ocasión algunas consideraciones acerca del periodismo en funciones de fiscal literario. No ahora, sino desde muy antes de ahora, suena

por todas partes la voz de decadencia como trompeta de un juicio final que nunca fina, cuando debiera tenernos ya en la nada según la antigüedad y repetición de los vaticinios.

Decaen los caracteres, los ideales, el idioma, la forma poética, el teatro; decae todo menos la constancia de los Jeremías que llevan medio siglo de lamentación sostenida á grito herido.

La crítica no está exceptuada de la liquidación universal. No se trata de la crítica mayor, la clarificada en el reposo del estudio: reconócensele cualidades de ciencia y de conciencia iguales á las mejores; trátase de la crítica al por menor, hecha para el consumo diario.

Es tarea difícil la de concertar los opuestos pareceres con que la hallan unos contentadiza, mientras otros exigente; quien superficial y ligera; éste enamorada de lo extranjero y desdeñosa con lo castizo; aquél, por el contrario, encastillada en lo español y cerrando el rastrillo á novedades exóticas.

Ni el patriotismo ni el antipatriotismo, ni la afición arcáica, ni el amor de la novedad, son cargos graves contra la crítica, con tal que ame lo bueno y lo bello, productos tan altos que pasan por encima de las aduanas, sin certificados de origen ni de edad; porque hay sentimientos é ideas siempre presentes y naturalizados en la gran patria de la humanidad. Muy otra es la tacha de ligereza. Ni puede negarse que es ligera ni debe esperarse que no lo sea; porque sigue el movimiento y compás del del vehículo que la conduce, y el periódico anda de prisa, más que por impaciencia suya por impaciencia de sus lectores. El revistero se consideraría vencido si en la carrera de velocidad de las informaciones no se adelantara á los demás, dando cuenta y razón del éxito á los pocas horas de un estreno teatral, y á los pocos días de la publicación de un libro. Y á esa velocidad puede marchar la cuenta, pero tropieza la razón, cuyos dictámenes firmes y jugusos

deben pedirse únicamente al examen reflexivo y al tiempo desahogado.

Arrastrada por este aceleramiento la crítica, en vez de votar con independencia, suele allegarse al voto del público, señaladamente cuando trata de poemas teatrales. Asiste en ocasiones el antejuicio secreto de los ensayos y en él forma su sentir propio: para nada le sirve. Asiste después al juicio público del estreno: se pone en la corriente del fluído de la opinión, pierde sin querer su voluntad, y, esclava ya de la influencia colectiva, realiza sinceramente la conversión de su fe en pro ó en contra de la obra, á menos de haber acertado á coincidir con el éxito.

Pero acaso esta conformidad sea más que defecto, obligación de la crítica. El arte escénico es como la fotografía instantánea: la imagen ó queda recogida desde que se abre hasta que se cierra el gran objetivo del telón, ó pasa para no volver más. El pintor reflexiona, mide, enmienda las figuras y líneas: procede por estudio. La placa fotográfica no corrige: empieza y acaba de un solo golpe las figuras empujadas á ella por el haz luminoso que la hiere: procede por sensibilidad.

Pues bien; el trabajo dramático está hecho para la placa del público, cuyas facultades estéticas residen en la sensibilidad, que sorprende de revuelo la imagen; no arrancan de la razón, que para enjuiciar necesita de trámites más largos que los de una representación.

Las gentes no van al teatro con toga de juezletrado que declara derechos conforme á preceptos de la legislación literaria. Va como juez de hecho, jurado para declarar según su leal saber y sentir si hay ó no culpa. El crítico mira la obra, pero sin salirse de la sala y estimando el veredicto público: si la sensación fué favorable absuelve, si no condena.

Pero la verdad sentida, ¿es la verdad absoluta? Puede no serlo: más la crítica debe quizá atemperarse á las circunstancias de momento y de lugar: así como el drama que

esté fuera de ellos debe aguardar su público propio como la planta su clima para vivir. La palmera africana no prospera en el polo ni el pino de Suecia en el Ecuador. ¿Porque sean malos los pinos ó las palmeras? No; porque no congenian con el suelo. Y la fecundación escénica resulta de la cópula mental del autor y el oyente.

Atestiguen de ello esas mujeres hermosas que disgustan y esas feas que cautivan. Misterio inescrutable para los que ignoran que la mitad de la belleza de la mujer está en su cara, y la otra mitad en los ojos de su enamorado.

Por estas razones son pocos los casos de discordia grave entre los críticos y el público. Pero como se remudan y renuevan las costumbres, los gustos, el ambiente y la cultura, cambia también con ellos la crítica que los refleja, y se la ve volver frecuentemente sobre sus acuerdos, resucitando obras que mató ú olvidando, por equivocadas ó por envejecidas, otras que destinó á suerte imperecedera.

De donde resulta que aún sin ser apelada, ella misma revoca de oficio sus sentencias por facultad de revisión.

Porque, descontado el error fácil de estos procesos sumarísimos en que se provee bien ó mal, y se ejecuta de grado ó por fuerza, la crítica contiene sedimientos de justicia permanente, aunque aplicada por procedimientos que duran años y consumen tribunales.

Hay que tomarla, pues, con paciencia y á plazos, que ella pagará si debe.

Pero en razón, no se le puede acusar por dura, ni tacaña; antes bien por pródiga de sus bienes y derrochadora del elogio.

La lujuria oriental del adjetivo, es cabalmente el vicio mayor del estilo de nuestra crítica así en lo literario, como lo político y lo social; tanto que han de tenerse muy á la vista las tablas de reducción, y muy en manejo el vocabulario convenido para dar el significado preciso á los nombres y el tamaño natural á las personas.

Éxitos extraordinarios y grandiosos, tenemos uno por semana, sin perjuicio de mentarnos á renglón seguido la decadencia para mayor fuerza del argumento.

Las fórmulas consabidas del *triunfo que forma época*, y *del no presenciado de muchos años á esta parte*, y de *no recordamos ovación igual*, se usan hoy, sin recordar efectivamente que se dijo lo propio el mes pasado, y volverá á decirse el que viene.

¿Y no goza el patriotismo viendo cuán pródigamente se decreta la inmortalidad en cuanto se oye un tiro, ó resuena una obra literaria? Todos conocemos dos instituciones que nunca vacan: el héroe de servicio y el genio de guardia. Hay siempre uno en candelero, hasta que otro le releva pór turno ordenado de elección. Las bulas de ilustres abundan tanto, que pudiera decirse parodiando al satírico: „dichosos los pueblos á quienes los dioses les nacen en la tinta"; pero añadiendo: „si no les cayera un borrón al día siguiente." Porque en resúmen, estas pompas de la adjetivación, son meramente derrames de la tinta que tambien hierve al calor meridional. Pasan como las corrientes de poca madre desbordadas por aluvión pasajero.

Las aguas vuelven á su nivel, se serenan, se clarifican, y el barro se posa y, como de la misma materia, con él se van á fondo los santos de barro, y quedan á flote los de buena madera.

Y con todos sus defectos, la crítica viviente no es peor que la muerta.

Las necesidades del periódico exijen que cada uno tenga su crítico especialista, y no siendo tantos los maestros como los periódicos, por fuerza ha de echarse mano de los modestos. Esto sucede ahora como antaño. Para un *Fígaro* que afeitaba poetas conforme á las reglas del arte, ¿cuántos rapistas los desollaban sin conocimiento del oficio? No lo sabemos porque no los cuenta la historia,

mónstruo de fauces estrechas que retiene en la boca lo grande y se traga lo menudo.

Nombrando el periodismo en la literatura, suena ya, por conmutación de palabras, la literatura del periodismo. Y debe aplicarse á ella lo dicho respecto de la crítica: sus hechos la condenan, el apresuramiento la indulta.

Dícese que es rebelde á la gramática, contrabandista de locuciones y palabras extranjeras, corredora de frases hechas, tomadas de ese idioma peculiar, ó mejor dialecto de la política y de la mala oratorta parlamentaria.

Apartense los escritos de gala y de torneo trabajados en el reposo y la soledad del estudio; estos igualan á los buenos de la literatura profesional.

Pero el estilo de batalla y de diario no es en verdad un modelo de bien decir. Tampoco puede serlo. ¿Por qué? Lo enseña el ejemplo de nuestros literatos más insignes. En lo que va de siglo no hay uno ni entre muertos ni entre vivos que no haya pasado por la redacción de un periódico; todos han puesto en él sus manos y parte de su vida.

Lo que allí escribieron no iguala en calidad, con ser de la misma pluma, á lo que han escrito en obras con que se enorgullecen ellos y las letras castellanas.

¿Ha de seguirse de esto que cuando andaban por el periodismo, precisamente en los verdores de la juventud y del talento, tenían menos amor ó menos conciencia del arte? Tenían menos tiempo para cincelar primores y corregir descuidos. En literatura como en religión el arrepentimiento y la enmienda llevan á la gloria: quien escribe al vapor de la máquina encendida no vaga para arrepentirse ni enmendar.

Y con estos obstáculos naturales la literatura del periodismo ha ganado y gana de día en día.

Habrá quien recuerde, como razón de superioridad de la prensa antigua, aquellos artículos que producían en el público efectos que no producen los de ahora.

¿Por qué sino por su mayor mérito movían aquel ruido

y escándalo? ¿Por qué? Porque retumbaban en un salón cerrado, mientras hoy se pierden en campo abierto.

Los periodistas escriben el artículo, y los Gobiernos el comentario. Hay fuerzas cuya virtud no está en ellas sino en la resistencia que las comprime: la espansión las mata: y conforme á esta ley, puede establecerse que la opresión es el cómplice y el aire libre el enemigo del interés en la prensa.

No se entiende por esto que las circunstancias hacen todo. Hubo escritos merecedores, por su habilidad y primor, de la resonancia que alcanzaron: pero eran escepciones notadas. Contando en montón se escribe mejor que se escribía. Está abolido el lenguaje ó pedestre ó ampuloso, herencia del mal gusto del siglo pasado, y también el tono ó docente ó melodramático de nuestro romantismo literario y político. Háblase con llaneza adecuada á la realidad y al entender común, y aún se advierte cierto amor, no siempre bien espresado, á lo castizo, por el cual amor la prensa ha restaurado no pocos giros y palabras antes en desuso y ya corrientes en la circulación vulgar.

Y en punto á las que llaman sus audacias y licencias para tratar cosas y personas, más vale no mentarlas si ha de haber paz con los muertos; que quienes tal dicen ó no han leído ó han olvidado los textos antiguos.

El oído á la prensa se han afinado mucho, porque esas licencias que ahora nos escandalizan parecen aticismos refinados junto á las indelizadezas con que nuestros abuelos se trataron, y las presentes audacias de pensamiento no compiten con lo que osaron en materias políticas y morales, los escritores famosos de los siglos XVI y XVII. Con ello y con más espacio podría aderezarse un curioso capítulo acerca de la libertad de imprenta anterior al liberalismo.

En conclusión, no es bien visto desde los tiempos del Gran Capitán pedir cuentas á los conquistadores de Estados. Y los periódicos, si no han enseñado con su modelo á

escribir á ningún literato, han enseñado á leer á mucha gente que no sabía. Conquista firme para la cultura.

COMO ES EN LA SOCIEDAD.

Sus adversarios, si ya los tuviere, no le negarán la gloria de esa conquista, ni la importancia de ese, si no magisterio, ministerio que en la sociedad ejerce como instrumento propagador de la cultura vulgar que, sin hacer sociedades de sabios, hace hombres aptos para la sociedad. El periódico es el libro del pobre: su lectura influye no poco en el cambio que se advierte en las costumbres populares, con enojo de los españoles chapados á la antigua, pero con ventaja del pueblo cuya existencia va mejorándose, ya que no con bienes materiales, con placeres espirituales á nadie negados por consuelo y compensación de aquella desigualdad, hermana carnal del ser humano. Las clases trabajadoras, singularmente las de las ciudades populosas hablan con el lenguaje y los modismos del periódico y con razones que él les presta, pero que, prestadas ó no, son al cabo ideas y formas que entran en los cerebros para redimirlos del poder maligno de las tinieblas.

Tal vez entren mezclados con ellas errores ó concupiscencias mal sanas. Hay que tomar la luz con su primer deslumbramiento cuando hiere pupilas no bien despiertas: y más que ignorarlo todo vale ver lo bueno y lo malo, pues por una ofuscación que turbe el espíritu vendrán muchas claridades que lo abran á esperanzas y estímulos regeneradores.

Y si la prensa es instrumento de cultura popular, ¿no puede ser, por contrario modo, instrumento de perversión de las costumbres?

No lo es á sabiendas, pero ¿lo será involuntariamente?

Hubo en el gran pueblo artista un griego tan enamorado de la inmortalidad que, no pudiendo conseguirla por honrada solicitud, la forzó brutalmente. Incendió el

templo de Éfeso, imaginando que la destrucción de aquella maravilla arquitectónica dejaría por reflejo memoria eterna de su destructor.

Leyendo esas crónicas del crímen con que la prensa suele llenar columnas y semanas enteras: viéndola cultivar el delito y extender por el mundo la humareda de su fama y el vapor de su sangre: mirando el retrato del asesino, como si los mónstruos de la naturaleza fuesen dignos del pincel al igual de sus privilegiados; ¿no habéis temido el riesgo de encender en la ignorancia ó el mal instinto, la tentación de la apoteosis negra?

Y viendo esos cuadros de la capilla y del patíbulo, con las impenitencias arrogantes del desdichado reo: con la serenidad de su último sueño, y el valor de sus últimos instantes, ¿no habéis considerado el peligro de la emulación mayormente en la raza bravía que ha escaseado casi siempre su afición á todas las profesiones para guardársela entera á la profesión del valor y de la guapeza?

Concedemos mala ejemplaridad al crímen fingido y al vicio pintado del teatro, ¿y hemos de negársela á la tragedia real y á los vicios incitantes de la vida?

No familiaricemos el sentimiento con el espectáculo del delito, que la familiaridad con lo monstruoso atenúa su horror, como el trato con los muertos quita al sepulturero el horror de la muerte.

Los griegos intentaron burlar al incendiario de Efeso, prohibiendo pronunciar el nombre de... aquel ambicioso: hagamos justicia á la griega callándolo también.

Hágala asímismo la prensa y, completando la justicia legal con la justicia moral, añada al Código una pena de alto ejemplo como de alta misericordia cristiana; la pena del silencio.

No estimulemos la ambición de la fama efesia.

Es de justicia reconocer que las necesidades de la información obligan mucho á los periódicos, estrechados por la curiosidad pública que les exije estas noticias cuando

las callan, y los censura cuando las dan. Por lo cual es también de razón decir que parte de estos y otros defectos imputados al periodismo son más bien de la sociedad donde vive y á la cual ha de servir.

Pero su mejor servicio sería el de corregirla. ¿Puede hacerlo? El empeño es largo, y también digno de la fuerza más poderosa de la civilización moderna. Ha purificado las costumbres políticas, ha conquistado al pueblo para la cultura, ¿por qué, con su alcance mayor que el del libro y con su predicación y su ejemplo, no podrá ejercer un ministerio educador en la política, en la literatura y en la sociedad, cuando la sociedad, la literatura y la política están casi siempre atentas á su voto para decidir del suyo?

Pero ¡cuántas buenas obras hace el periodismo para desquitar estas contingencias de la información! Mantiene en comunicación contínua á las clases separadas por la suerte: es como la carta diaria que se envían para saber unas de otras y para templar acaso los rigores de la separación.

Es el conglutinante que completa el estado de sociedad, dando cohesión á sus miembros en las empresas comunes. La fortalece en la adversidad, mostrándonos que somos muchos para sobrellevarla: la alienta en sus desmayos recordándonos, con lo que fuimos en la historia, lo que podemos ser en lo porvenir: enfervoriza los entusiasmos: ayuda en las calamidades, promoviendo esos hondos arranques de la caridad, cuyos triunfos consoladores constituyen la ejecutoría más noble de la prensa contemporánea.

Está, pues, bien ganada su condición de necesidad social del mundo moderno.

¿Necesidad social? ¡Cómo! Pues antes no existía el periodismo y existía la sociedad. Es cierto: también se vivía á oscuras, sin alumbrado en las calles ni en la conciencia pública. Ojos que no ven, corazón que no siente.

El enamorado con pasión loca vive tranquilo antes de conocer á la mujer de sus amores: después de conocerla no sabe vivir sin ella.

Los que niegan esta necesidad, por supuesto después de haber devorado algunos periódicos, imaginen una huelga general de la prensa.

El periodista, correo mayor del público, no recorre ya su ruta cotidiana, desde el salón de Conferencias al Juzgado, desde el ministerio á la inspección de policía, desde el estreno en un teatro al teatro de un crimen nuevo, desde el salón aristocrático á la asamblea demagógica, desde la boda al incendio nocturno, en busca y caza de la noticia, del suceso ó la catástrofe del día.

Nadie sabe sino lo que ve por sus ojos, oye por sus oídos, ó la casualidad le pone al paso, porque no existe ese gran vértice de intercesión en que todos vemos y entre todos contamos lo de todos.

Ha cesado la conversación contínua que mantienen recíprocamente los pueblos en la prensa, convirtiéndolos en una gran casa de vecindad á cuyo patio sale por puertas y ventanas la vida íntima de cada vecino, algazara de júbilo, ayes de dolor, voces de discordia ó gritos de escándalo. La existencia de los ciudadanos se ha reducido al carril para donde marchan con su grano de trigo, sin saber quién va delante ni qué hacen los que vienen detrás, así como silenciosa hilera de hormigas á las cuales parecen las callejas barrios y los barrios naciones desconocidas.

Las gentes andan á tiento como por ciudades en tinieblas. Y entonces la fantasía popular pone su lente de aumento á los sucesos; el interés los acomoda á su conveniencia, la malicia los disfraza, la vanidad de saber inventa lo que no sabe, la ignorancia les quita su explicación natural, y con todo ello, la sombra más liviana parece nubarrón pavoroso, el ruído más ténue desquiciamiento universal, y las gentes, movidas por la curiosidad, ó la

impaciencia, ó el miedo, se lanzan al foro en Roma, á los mentideros en la España vieja, al zoco en los pueblos orientales, á los cafés públicos en los europeos, y el hogar se echa á la calle, cuando para bien de la familia el periódico traía la calle al hogar.

Y si esto sucede en las relaciones sociales ¿qué en las relaciones de orden intelectual?

El orador grita y acciona inútilmente y cae, ronca la voz y doloridos los brazos, sin hacerse oir fuera de la Cámara, del Ateneo ó de la plaza. No llega más allá el poder de la elocuencia, porque está mudo el órgano de millares de bocinas que de eco en eco y de repercusión en repercusión llenaba con la voz del tribuno, como si fuera trueno de las altas nubes, todas las regiones de la tierra. La oratoria queda afónica.

La obra literaria, ó teatral, ó artística, perecen presas más que presentadas en el escaparate ó en el marco escénico, sin el despertador de la fama, ni el estímulo del aplauso indispensable á las letras que no logran otra paga si no es el pedazo de laurel que les lleva el aire público. El arte queda confinado y la inteligencia en ovido y desestimación.

Buen año de alegría para los tontos cuando advirtieran que en ese silencio nivelador todos los cerebros tienen el mismo peso, como lo tienen todos los cuerpos en el vacío.

Y si el periodismo es necesario ¿cómo no ha de ser influyente? Lo es en mayor ó menor grado según las circunstancias de la sociedad que lo lee; grado mayor en la sociedad española, donde por imperfección de la cultura ó por indolencia del carácter, existe mucha opinión indecisa y flotante á la espera de vientos que la orienten para irse con quien la llame y á donde se la conduzca.

Por esto también es muy estrecha la responsabilidad en el periodismo español, y por eso ha de acompañarse, más que el de los pueblos fríos, de aquella alta serenidad y sentada continencia que son virtud en todos los hombres,

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA BIBLIOTECA

pero obligación en los que llevan en su mano la suerte y en su cerebro el cerebro de los demás.

Opina Blunschli (*) que la profesión de periodista no es muy honrosa sino en los países libres. No es en verdad digno de la conciencia humana escribir con la contracción del miedo, ni pensar bajo opresiones altas, bajas ó medias, que admiten el elogio sin agradecerlo, porque lo creen debido, y rechazan la censura porque la creen injuriosa. El periodismo si ha de ser libre para ser digno, debe también ser digno si quiere ser libre: que tanto abate y encoje el albedrío la tiranía ajena como el yugo de los vicios propios.

No ha llegado la prensa de España á las alturas en que la vemos fuera: tampoco he descendido á las bajezas con que nos escandalizan los extraños. No lloremos por perder las unas si han de de venir mezcladas con las otras.

Mucho se ha limpiado el periodismo de sus pasiones con la mudanza de tiempos y costumbres: algo le falta para ser perfecto.

O es solo procuración de intereses particulares, y entonces no es nada ante la sociedad, ó es verdadero oficio público con funciones fiscales, y entonces debe dormir con la razón para despertarse con autoridad, y distribuir la justicia con desprendimiento, el elogio con tasa, la censura con medida.

Y no se toma la autoridad con la investidura, sí con el buen uso y ejemplo; ni granjea la opinión quien la seduce sino quien la sirve; porque, repuesta pronto de su extravío, se aparta de sus seductores para volverse á sus enamorados.

Y ha de confesarse el error sin obstinaciones, que mal puede enmendar yerros de otro quien no sabe enmendarse á sí mismo en lo que erró.

Y ha de considerarse que la censura apoya su fuerza en

(*) En su tratado de *La Política*=libro 4.º, cap. 5.º

su razón y no en la violencia del improperio; es de la naturaleza del diamante, no por bien pulimentado menos duro.

Y ha de verse que el elogio tiene su punto y centro de gravedad para no caer en adulación. Y tanto pierde el equilibrio yendo hacia arriba, como yendo hacia abajo, y tanto prostituye lisonjear el despotismo, que es la veleidad de uno que manda, como lisonjear las veleidades populares que son el despotismo repartido entre muchos.

Es la prensa, en conclusión, arma invencible para el combate diario de la inteligencia en los pueblos civilizados: no sea puñal, aunque temido por fuerte, despreciado por vil; sea espada noblemente echada al aire, y, para su mayor hidalguía, grábese á la cabeza de cada hoja periódica aquel lema de las hojas toledanas que quiso ser rima y resulta símbolo de una raza caballeresca „*No me saques sin razón; no me envaines sin honor.*"

---

Fáltame pedir perdón, y dar todo mi agradecimiento a los que me han escuchado, unos retenidos por deberes de disciplina académica, otros enganchados voluntarios del aburrimiento. Págoles de alguna manera acabando aquí por consideración debida á sus virtudes, pues se han mostrado santos en la de la paciencia largamente tentada con este discurso vacío de doctrina, de erudición y de novedad; vacío que he procurado cubrir con retórica, y ¡ojalá fuese buena retórica! De todo ello me acuso, menos de haberos engañado. Ni podéis quejaros, ni debíais pretender otra cosa de mí, ni de este acto previsto.

Cuando personas de respeto visitan una fábrica, es regla de urbanidad obsequiarlas moviendo en su presencia las máquinas, y trabajando una pieza de su arte.

Quien fabrica telas, teje; quien hierro, funde.

¿He labrado retórica?

Estais en la fábrica: no se diga luego que en casa del herrero... discurso de palo.

# DISCURSO

DEL

## EXCMO. SR. D. JOSE ECHEGARAY

---

EN CONTESTACIÓN AL PRECEDENTE

Señores Académicos:

Empiezo mi contestación al hermosísimo discurso que acabais de oir, sacando al Sr. Sellés de una duda que su modestia le inspiró.

No á estímulos de la bondad, sino á imperios de la justicia debe el puesto que en esta Academia ocupa; y cuenta que la vacante del Sr. D. Aureliano Fernández Guerra, de aquel varón ilustre, gloria de la ciencia española y orgullo de esta Corporación, era muy difícil de llenar dignamente. Aun para relatar sus méritos, es preciso subir á sus alturas: á ellas ha subido el nuevo académico, y á lo que él en forma tan correcta y galana os ha dicho, yo nada puedo añadir, como no sea mi incondicional asentimiento y mi aplauso entusiasta.

Pero sí puedo y aun debo añadir al asentimiento y al aplauso un recuerdo de gratitud; que si el aplauso màs engrandece cuanto de màs arriba llega, la gratitud y el cariño bien venidos son de todas la altitudes, cuando un buen deseo les acompaña y el afecto de un corazón leal los impulsa.

El Sr. Fernandez Guerra era un sabio, pero con serlo y quizá porque lo era, sabía humanizarse con todos los principiantes, y á él debí en los comienzos de mi carrera dramática grandes estímulos y alientos, que no olvidaré nunca, y que en esta ocasión solemne me complazco en hacer públicos como modesta ofrenda á su memoria veneranda.

Todavía recuerdo, que al leer uno de mis primeros ensayos dramáticos y al llegar á cierto parlamento imitación de tantos y tantos de nuestro teatro antíguo, se entusiasmó, no porque hubiese motivo para el entusiasmo, sino en parte por cortesía, como el que aprovecha la ocasión por si no encuentra otra, de dar ánimos al lector, y en buena parte también por bondades de su carácter, y abrazándome alborozado me dirigió esta frase para mi abrumadora: "Usted ha leído mucho ha Teócrito.„

El elogio, aun no mereciéndolo, y el entusiasmo cariñoso, los agradecí con el alma; pero aquella hipótesis galante sobre mis lecturas clásicas, púsome en grave apuro, porque una contestación negativa hubiera apesadumbrado á mi buen amigo, y una descarada afirmación repugnaba á mi lealtad. A punto estuve de replicarle "¿le sería á Ud. lo mismo que hubiese leído á La-Place?„ pero comprendiendo que no había perfecta equivalencia entre el poeta bucólico y el célebre astrónomo, tomé un término medio y dije con toda la modestia disponible: "algo conozco á Teócrito, pero muy superficialmente;„ tan superficialmente que nunca había pasado de la superficie de la portada.

Algún tiempo después fué, cuando pude decir con verdad al insigne maestro, parodiando á Zorrilla, "D. Aureliano, duerma Ud. tranquilo que ya he leído á Teócrito.„

Estos recuerdos en que retoza la risa, son como rayos perdidos de luz que iluminan lo pasado, cuando caminando hácia Occidente, se vuelve la mirada hácia los hori-

zontes que van quedando atrás: muy lejos los del amanecer; lejos también los del sol meridiano.

Y sea, señores, tributo al sábio, la admirable apología escrita por Sellés; tributo al amigo mi modesto recuerdo.

Tócame ahora, por ser tal la costumbre, recordar los méritos del nuevo académico; pero tarea es esta innecesaria, tratándose de personalidad tan notoria y tan celebrada por los literatos de profesión, por los meros aficionados y aun por toda la masa popular de nuestra España.

¿Quién no conoce al afamado autor del *Nudo Gordiano* y de tantos aplaudidísimos dramas? ¿al escritor castizo y elegante? ¿al antiguo y enérgico periodista? ¿al poeta de intención profunda y forma vigorosa?

Con decir su nombre, basta, y con decir „Sellés", tendría yo bastante para dar por terminada esta parte de mi discurso, si es que el nombre de discurso merecen las pocas páginas que voy leyendo, escritas al volar de la pluma en breves días, ó mejor dijera, en horas brevísimas.

Y no porque no tuviera mucho que decir del carácter literario de las obras de Sellés, en las que si es la forma, ya tersa y limpia, ya brillante y vigorosa, y siempre pura y castiza, el fondo tiene grandes honduras morales, sociales y aun filosóficas, dignas de concienzudo estudio.

En la naturaleza como en el arte hay á veces centros poderosos de atracción, alrededor de los cuales se agrupan, se condensan ó se organizan los elementos dispersos del medio ambiente.

Ya es un cristal microscópico que llama á sí miles de otros cristales, para fabricar uno de maravillosa arquitectura y bañarse todos ellos en los colores del iris; y estas cristalizaciones irisadas bien pueden simbolizar el arte puro, independiente, que busca la belleza por la belleza sin fin alguno de utilidad ó aplicación práctica.

Ya es un centro de vibración, que se extiende en ondas acústicas ó luminosas por el espacio, llevando sus extremecimientos á cuantos objetos le rodean; como vibra

el sentimiento y á los seres sensibles se comunica: agitación vibrante que existe en todas aquellas obras literarias en que domina la pasión.

Ya, por último, es un germen orgánico que ha de realizar otros fines que los de la pura forma estética, ó los de la conmoción ritmica: que ha de desarrollarse, que ha de crecer, que ha de llegar á ser árbol ó planta con sus jugos venenosos ó salutíferos, pero con envolturas de belleza en sus verdes hojas y en sus pintadas flores. Y bien pueden colocarse en este grupo las obras artísticas encarnadas en un problema ético, en una tesis social, en algo en suma que pertenezca al orden del entendimiento.

Quiero decir en conclusión, que las obras de arte pueden buscar la belleza ó en la región de las formas puras, ó en el revuelto mar de las pasiones y del sentimiento, ó en las esferas de la razón. *Admirar* con emoción estética; hacer *sentir* con emoción estética también; ó hacer pensar, pero proyectando sobre el pensamiento el fantasma de sombras y luces de lo bello, de lo trágico ó de lo sublime.

A este último orden, al orden del pensamiento, pertenecen la mayor parte de las obras de Eugenio Sellés: no hace que admiremos por admirar, ni hace sentir por sentir, que leyendo sus libros ó viendo sus dramas á la admiración y al sentimiento acompaña por lo común alguna idea de las que se agitan en las altas esferas intelectuales.

No hablemos de uno de sus primeros libros, *La política de capa y espada*, porque con la política se roza y tal materia es peligrosísima en estas regiones tranquilas y neutrales, á las que yo vengo siempre, no diré como *moro de paz*, por nueva precaución; pero bien puedo decir, como *cristiano de paz*, y tengo con esto la certeza de ser fraternalmente recibido.

Y acudiendo ahora á sus creaciones verdaderamente literarias, en todas encontraremos plena demostración de la exactitud con que he clasificado las obras de Sellés.

Hay dramas del nuevo académico en que domina ó en que entra como factor importantísimo, el elemento histórico.

Su primer ensayo dramático, *la torre de Talavera*, que empieza con aquél gallardo romance, que en solo ocho versos dió muestra segura de cómo iba á versificar Sellés y que dice así:

Muy cerrada ya la noche
y dormida Talavera
por los vados pasé el río
y cabalgué hacia la vega.
Allí el conde con los suyos
campa entre tales malezas,
que antes son cama de lobos
que rancho de soldadesca:

y que termina con esta enérgica redondilla de carácter profético, redondilla que dice D. Enrique abrazándose al cadaver de Doña Leonor y contemplando el puñal ensangrentado:

¡Sangre mía! ¡sangre cara!
tomará venganza fiera
del puñal de Talavera
el puñal de Trastamara:

este drama, repito, es histórico por el fondo aunque de pura imaginación por los accidentes.

De carácter histórico es también su segunda obra titulada "Maldades que son justicias,„ cuadro de tonos sombríos del reinado de D. Felipe III, que de cuando en cuando alumbran ya relámpagos de poesía, ya resplandores tanto más vivos cuanto más pronto han de apagarse. de nuestras grandes glorias militares: hoguera inmensa que despide sus últimas llamaradas para ser luego tibio rescoldo y fria ceniza al fin.

¡Qué bello es el parlamento de la condesa de Lemos!

Dicte al mundo su opinión
quien vistiendo ruda malla

con el hierro por razón
encallece el corazón
bajo el peto de batalla.
Dirija en dorado asiento
las políticas contiendas
quien en el estudio lento
ensancha su entendimiento
con doctísimas leyendas.
La mujer, no hecha al rigor
de esos cuidados prolijos,
ni otrá ambición que el amor
tiene, ni trono mejor
que la cuna de sus hijos.
Hasta la ropa talar
que con perpétuo embarazo
entorpece nuestro andar
nos la dieron como un lazo
para atarnos al hogar.

¡Qué bella es también la descripción, que hase el capitán Mendoza de un combate naval en el mar Adriático con la escuadra pirata!

El velamen sin rizar
y al tope hispanas banderas
volaban siete galeras
sobre el Adriático mar.
Para ver su gallardía
rasgó sus velos la bruma
nos adulaba la espuma
y humilde el mar nos tendía
el real manto de esmeralda
como sintiendo en su espalda
las pisadas españolas.

Y la lucha es mortal y vencen las naves españolas ¡pero que victoria tan horrible! "¡Para el moro la quisiera!„ dice Mendoza.

Y sin velas, al azar
y plegadas las banderas
se arrastraban las galeras
por el Adriático mar,
que en negras, gimientes olas
trocó el manto de esmeralda,
como sintiendo en su espalda
las tristezas españolas.

Es la ley fatal de los héroes en toda grandeza que se extingue: vencer muriendo.

"El celoso de su imágen„ es el último drama del señor Sellés en que á una acción novelesca sirven de fondo grandes cuadros de historia: el Dos de Mayo y la batalla de Bailén.

El Dos de Mayo con aquellas seguidillas finales tan impregnadas de sentimiento:

Campana de la iglesia
de Maravillas
que triste son tus voces
que doloridas.
Pareces madre
que llora por el hijo
muerto en la calle.

Y la batalla de Bailén tan valientemente descrita en aquel parlamento de Roldán que empieza con esta redondilla:

Callando y andando bien
en maniobra combinada
ibamos en la avanzada
por campiña de Bailén.

Y que termina con este hermoso rasgo, en que el poeta se refiere al ejército francés que pide capitulación:

¡Daban lástima y horror!
Desdeñido el uniforme
que manchan con unto informe
sangre, pólvora y sudor;

congestionada la faz,
las piernas, casi arrastradas,
las lenguas, de sed pegadas,
sin poder, pidiendo paz.
Dióselе, que el español
por llevarse el triunfo entero,
vence con rayos de acero,
mas no con rayos de sol.

Los demás dramas de Sellés, *El Nudo gordiano*, *El cielo y el suelo*, *Las esculturas de carne*, *La vida pública*, y *Las vengadoras*, tratan de problemas sociales, políticos, filosóficos ó de conflictos del orden moral. No busca en ellos el autor la belleza pura que casi desprendida de la materia, se cuaja en los arquetipos de Platón, como en divinos moldes; sino la belleza real, la que con la fibra de la carne se estremece y con la sangre humana se caldea; la que busca ecos en los cóncavos del corazón y en las celdillas cerebrales pensamientos; la que del choque de las pasiones saca chispas de fuego, y para tender sus iris necesita llanto de lágrimas; la que no deja á la conciencia tranquila y reposada en el plácido cumplimiento del deber, sino que la lleva á donde se lucha y se sufre, y hace que se asome al espejo azulado de los cielos, y que se asome después al verdoso espejo de mares tempestuosos, para que se vea arriba con perfil de angel y se vea abajo con fiero contorno de mónstruo; no la belleza estética del triunfo reposado, sino la belleza dinámica del combate ardiente; la que bracea en rios de dolor para no anegarse, y retorciendo la maldición con la plegaria hace cable de salvamento; no la belleza que sube tranquila por rampas suaves de deleitosos jardines al Olimpo, sino la belleza que ensangrentada trepa por una montaña que no tiene en lo alto templetes ó que no se sabe lo que tiene, porque su cima se pierde en un espacio á que la lengua humana por no encontrar otro nombre que darle le llama lo infinito.

El Sr. Sellés es realista en sus dramas, pero no es el

suyo un realismo frío é impasible, que copia la realidad por copiarla, importándole poco lo que la realidad sea y fijándose de preferencia, por no sé qué triste linaje de pesimismo, en la realidad fea y repugnante como si las palabras *realidad* y *mal* fuesen sinónimas. No es el realismo que cierra de propósito los ojos cuando vé una alborada risueña y los abre cuando olfatea pántanos. No, su realismo es tendencioso y valga la palabra: donde vé el mal, vé un problema y busca una solución; como sabe que no hay abismo sin eminencia próxima, cuando señala aquel es para que le ayuden á buscar la montaña á cuyos pies se abre la sima. Por eso todos sus dramas, aun los más atrevidos tienen una marcada tendencia moral.

Descarnadas y dosnudas son *las Vengadoras*, es su oficio; ved sin embargo aquel admirable monólogo de Teresa: cuando inclinada un momento hacia el bien, sueña con una vida mejor, y dice:

"Después quizá los hijos. ¡Los hijos! El placer de los placeres. El amor sin carne. Querer por querer. Ser querida sin ser deseada: adornada ó con harapos; rica ó póbre; joven ó vieja; hermosa ó fea. ¡Y siendo madre, mas cuando pobre, mas cuando vieja!

Leed también en "El cielo y el suelo.„ aquel soberbio monólogo de Pablo el asceta, el hombre de la templanza, el que con ella endureció sus músculos, el que viene de los Pampas con todos los idealismos del deber y de la religión, y va cayendo y cayendo en todos los pecados de la sociedad; y miente, y casi roba porque retira el don que concedió, y casi deshonra, y al fin mata. Y va con las manos ensangrentadas y su sombra le parece la de Cain, y si se yergue, crece la sombra y solo se achica cuando se humilla. Oid, que no resisto á la tentación de copiarlo íntegro.

ANDRÉS. ¡Tiénes razón!
PABLO. La maté
yo mismo: que en esta guerra

queda la deshonra en tierra,
pero el cadáver en pie!
¡Fué un instante, un rapto insano!
Locos ambos: con el cierro
hasta que, delante el hierro,
sentí su pecho en mi mano.
Y la sangre que de él lanza
calentó el brazo desnudo:
¡maldito este brazo rudo
que endureció la templanza!
Sus carnes y mi alma abrió
con herida tan cruel,
que la muerte se entró en él
¡y el muerto parezco yo!
Cae, miro, espira y al fin
roto á mi ceguera el velo
¡al ver mi sombra en el suelo
ví el contorno de Caín!
¡La sombra á mis piés se clava,
mi furor la desafía,
pero cuanto más me erguía
más la sombra se agrandaba!
¡Y tan tenaz lucha empeña,
que ante Dios caí postrado
porque sólo arrodillado
la pude hacer más pequeña!

¡Qué imágen tan hermosa! Pero no he dicho bien; qué grandeza moral!

Pues en todas las obras del nuevo académico hallaréis el mismo carácter de seriedad reflexiva, si se me permite este modo de expresarme. Hasta en su precioso libro de "Narraciones„ ó cuentos, en el que hay para todos los gustos: para los *celosos*, para los *viejos*, hasta para los *soñadores* y para los *holgazanes*: así lo reza la portada y la letanía se repite por dentro del libro por turno riguroso; has-

ta en ese libro de entretenimiento, el pensador va guiando al artista.

Ya son los *anteojos del viejo*, que cambian de color con los años; ya son aquellas preciosas recetas de Maese Antón, que aconsejan á los idealistas, que para vivir á gusto en esta vida mundanal, nunca le pidan *peras al olmo*; y á los alquimistas modernos que para hacer *oro* no hay como *trabajar con las dos manos y gastar con una*, método infalible que no consta, sin embargo, en el Ars magna de Raimundo Lulio; ya es el cuento ó la novela titulada *los sueños de Epifanía*, que cuando es niña esperando los muñecos de plata y oro que han de traerle los reyes magos, agujereó el costado de su muñeca de cartón para sacarle en chorro de menudas partículas la sangre de serrín y cuando fué mujer agrandó la historia y le desgarró el pecho á Ricarso, el único hombre que la quiso de veras y que por vengarla dió su vida y vertió su sangre, no de serrín, sino la que caldeaba un amor verdadero en el corazón y encendía nobles pensamientos en el cerebro.

Por más que estas narraciones sean todas ó casi todas de tendencia filosófica, el estilo es digno de la pluma elegante y noble del que siempre gozó fama de purista.

Abro el libro á capricho y cópio como muestra un párrafo cualquiera; porque habréis observado que mi discurso más que mío es del propio académico á quien tengo la honra de contestar, circunstancia que requiere una franca explicación.

Yo, en este momento, y al reseñar las obras de Eugenio Sellés, ejerzo, siquiera sea en forma transitoria, de crítico; y todo crítico no es digno de este nombre si, aun alabando á un autor, no procura decirle algo desagradable. Algo pues que no le guste, me veo obligado á decir á mi buen amigo, por razón del cargo que hoy desempeño; pero lo diré en voz baja por decontado, á saber: „que entre los suyos tiene fama más ó menos merecida de... ¿cómo lo diré?... de excesivamente respetuoso ante el tra-

bajo." Ahora bien, como todo pecado ha menester una pena, le ha impuesto mi soberana justicia la de trabajar hoy doble que otro cualquier neófito de esta Academia, contestándose á sí mismo, y escribiendo de este modo el discurso de recepción en primer término, y el discurso de contestación por añadidura; con lo cual me limito, ya que del periodismo se trata, á recortar y unir trozos varios de sus dramas y de sus obras, como de recortes se confeccionan muchas columnas de la prensa. Esto es realmente colocarse en situación.

Agréguese á la razón expuesta, otra decisiva, y es que la premura del tiempo no me consentía ni estudios detenidos ni grandes dilaciones.

Y dicho esto, y como nuevo ejemplo de gallardía de lenguaje, tomo según antes anuncié, este párrafo copiado del cuento que lleva por título "Un alquimista del siglo XIX."

¡Las supersticiones! El sol las incuba con su capa abrasadora tan invariablemente, que bajo todo cielo de mucha luz hay un pais de mucha superstición. Se explica por razones climatológicas, como la producción de los naranjales y las palmeras. Quien sufre los rigores del calor, busca naturalmente el consuelo de la sombra

Véase el ejemplo de los pueblos orientales y los de origen oriental. Poblaciones apretadas, calles estrechas y tortuosas para encontrar en sus lobegreces y recodos amparos contra el sol; casas sin ventanaje, puertas enanas, corredores angulosos, cámaras abiertas á patios interiores, alcobas empotradas en las paredes, todo en ellas cerrado, todo obscuridad y misterio Allí se huye de la luz como del enemigo que azota las carnes. La arquitectura defensiva ha trazado las ciudades y viviendas andaluzas de origen moro, como la ingeniería militar dispone la defensa de una plaza asediada por el fuego de cien baterías. Y este orden de vida material, rige también ya por naturaleza ó ya por hábito, en la vida moral. En ella lo miste-

rioso domina á lo claro. Esas razas ven más en las tinieblas que en la luz. Creen lo oculto mejor que lo visible. Su fantasía sabe más que sus ojos, y es mayor su fe en las cosas no explicadas que en las que aclara la razón. Entre estas castas visionarias, lo que se supone supera á lo que se demuestra: y el arte, todo misterios no enseñados, prevalece sobre la ciencia exacta, toda claridad, sujeta á reglas inmutables.

Se explica la aparición de un cometa ó de un eclipse por la amenaza de una catástrofe, más bien que por la evolución necesaria, indeclinable de los astros en las órbitas siderales.

Cautivales la devoción de lo sobrenatural, y temen las burlas del duende y á las llamas del diablo, más que á la mofa de las malas lenguas y al fuego de los propios vicios.

Fían sus venturas y temen sus peligros de la quietud de los muertos y no de la actividad de los vivos. Ponen, su fe en el vaticinio de una gitana y no les queda ninguna para las previsiones de un sábio: así están aguardando siempre de las rayas de la mano la fortuna que no encomiendan al trabajo de los dedos.„

¿Para qué más? Sería preciso copiar el libro entero.

Y es que el libro en que me ocupo hubiera bastado para dar nombre á cualquier escritor, que no lo tuviese tan preclaro como Eugenio Sellés: tal es el inconveniente de las grandes reputaciones: un río por caudaloso que sea, hará desbordar una laguna si en ella se vierte de pronto, pero no elevará un milímetro el mar en que desagüe.

Esta nota dominante de toda la labor literaria del nuevo académico, la hallaréis todavía en el brillante discurso que acabáis de oir. No escogió un tema puramente literario, escogió un tema social: *el periodismo*. Lo escogió por sus antíguas aficiones sin duda, pero también por el trascendental problema que entraña, y lo agotó tan por completo

que nada me queda por decir: me ahorra trabajo y abrevia mi contestación, porque, ya en rigor, mi tarea se reduce á una grata y sencilla á la par: unir al vuestro mi aplauso y mi saludo al vuestro.

Que el periodismo, ó por mejor decir, la prensa periódica es un poder, por más que no se cuente entre los poderes que la legalidad constitucional enumera, es verdad que nadie pone en duda. Poder y poder inmenso que ha crecido enormemente al calor de nuestras instituciones democráticas: bastárale esto para tener mis simpatías aunque no cierre los ojos á sus deficiencias ni á sus errores. ¿Pero quién, ni individuo ni colectividad es siempre perfecto y no yerra y aun peca siete veces al día?

Es suficiente que el periodismo sea una gran fuerza, para que yo lo considere como elemento de progreso. Dénme fuerzas y no me den anemias. Con las anemias se va al raquitismo, á la descomposición, al aniquilamiento y á la muerte. Con una gran fuerza, si está mal dirigida, cierto es que se podrá ir al abismo con tremenda catástrofe; pero en la fuerza está la vida y la conciencia universal que es recta y pura, diga lo que quiera el pesimismo, ya cuidará de ir encauzando por buenos cauces toda gran energía que en el medio social aparezca con sus actividades en acción.

En la fuerza está el bien, repito, y á la fuerza acompaña la belleza: en los divinos dias de la creación no trabajaron fuerzas flacuchas, que el engendro hubiera sido ridículo, sino una fuerza infinita; y por eso la creación con sus astros de fuego, con sus planetas que giran, con sus mares recamados de plateadas espumas y sus montes abrillantados de nieve, y sus llanos bordados de flores, y sus selvas alfombradas de frescas sombras, y sus seres humanos que llevan el pensamiento cuajado de ideales y el corazón encendido de amores, por eso digo la creación es buena y es hermosa aun con sus abismos de dolor que hacen más altas las cimas sublimes de la esperanza.

Es más, el periodismo es una necesidad absoluta y puede decirse que un progreso insustituíble en la organización social, porque es trama de un tupidísimo tegido, que sólo ha brotado á impulsos de una mayor vida colectiva.

No es adularle, que yo veo y me duelen los vicios y las corrupciones que en él como en toda obra humana existen: es demostrar su importancia, verdaderamente excepcional.

Mr. Fouillée, el célebre autor del determinismo, en una obra de ciencia social profunda y filosófica, publicada recientemente, compara la sociedad á un ser organizado, y describe sus órganos, analiza sus funciones, proclama su unidad y hasta procura buscar en él una conciencia.

Aceptando esta madera de ver, yo considero que el periodismo, en la trama de las sociedades, es como el sistema nervioso por donde circulan las ideas, así como las vías férreas son las canales por donde circula la sangre de la producción, como el telégrafo es otra red nerviosa del gran organismo, pero menos espiritual que la hoja impresa que la rotativa lanza por miles de millares en todas direcciones.

Ved en los comienzos de la vida el protoplasma: sólo es aglomerado de moléculas vivientes, pero sin unidad ni concentración: la vida difusa, la vida fraccionada en pequeños núcleos. Y ved como á medida que el ser se perfecciona va brotando algo así como una ténue red de líneas de comunicación entre unos y otros de los pequeños centros: esfuerzos de la vida para concentrarse y subir á su unidad. Romper estas tramas nerviosas, que cada vez son más ricas y más perfectas, sería retroceder por toda la escala desde el vertebrado hacia abajo, hasto caer de nuevo en el primitivo protoplasma. Por eso digo que el periodismo es indestructible á menos que no vayamos cayendo de espaldas hasta los orígenes de la civilización. No se rompe un organismo ya creado sin que se descom-

ponga en organismos inferiores y en elementos inorgánicos al fin; pero á esto precisamente se le llama descomposición cadavéricá.

El periodismo recoge ideas, sentimientos, pasiones, crímenes ó virtudes, en suma, esos mil hechos dispersos, esos mil latidos de cuyo conjunto brota lo que se llama la opinión pública; y de una manera más ó menos perfecta, fundidos todos ellós en la letra de molde, les dá salida para que vayan á todas partes y por todas partes se estiendan. Cada hoja de cada periódico es como la molécula circulante de la gran corriente nerviosa á que antes me refería: sistemas de corrientes que de este modo ponen en comunicación, dos á dos, todos ó casi todos los individuos de un país, como se ponían en comunicación cada dos granillos del protoplasma al convertirse la vida difusa en vida centralizada.

Multiplicación enorme de ideas y de sentimientos, porque la idea y el sentimiento de cada uno viene á reflejarse en los demás; circulación prodigiosa de vida, y al fin solidaridad de todas las conciencias; propaganda sin término de cuanto la ciencia y el arte crean, sin que por lo demás se anulen ni peligren ni la conciencia individual ni la voluntad del ser libre.

Que en esta circulación van muchas materias impuras: ¿y en cuál no? Lo cierto es que ningún sistema circulatorio puede ser responsable de los humores que por él corran revueltos con glóbulos rojos. Los elementos de la circulación periodística, buenos ó malos, en su mayor parte la sociedad los engendra: exigidle á ella la responsabilidad.

El cuerpo sano lanza por sus venas sangre sana también; el cuerpo, enfermo por sus desdichas ó por sus vicios, destila el virus mortal ó la linfa enfermiza, así en sus grandes arterias como en sus vasos capilares: y cuenta que de la enfermedad de todo el organismo, hasta el mismo tejido circulatorio se resiente: aun cuando el pe-

riodismo estuviese todo él corrompido, señal cierta sería de que no gozaba de mucha salud el cuerpo social que lo alimenta.

La purificación de todas las instituciones y de todos los organismos, obra es del tiempo y del progreso; y el tiempo apoyándose en los eternos y divinos principios de la moral, sabrá realizar esta sublime empresa. Siglos y siglos ha necesitado el Cosmos para llegar del protoplasma sin nervios al vertebrado con sistema nervioso y cerebro: no se pretenda que en solo un siglo, que no es mucho más larga la vida del periodismo, llegue la sociedad á lo acabado y lo perfecto.

Y aunque hasta aquí he hablado en general de todas las esferas de la actividad humana, claro es que cuanto he dicho puede aplicarse á la esfera literaria, de la cual el periodismo es órgano importantísimo.

Sobre este tema ha disertado ya el Sr. Sellés, y no hay para que repetir en desaliñada forma, lo que en forma tan artística, con tan rico caudal de datos y tras meditación tan severa, ha consignado mi querido amigo en su brillante discurso. Pero así y todo, permitidme que apunte una ó dos ideas más.

Dícese que el periodismo corrompe el idioma y yo no negaré, que dada la precipitación con que en los periódicos se escribe, no se cometan graves pecados contra el lenguaje en general y en particular contra la gramática; pero téngase en cuenta, que en ley de justicia no es lo mismo escribir un discurso académico en tres meses, que un artículo en veinte minutos, tras fatigoso día, á las altas horas de la noche, bajo la presión del cajista que pide material, de la máquina que cruge y del tiempo que vuela.

Sin embargo, en toda labor humana la división del trabajo es ley suprema, y en la elaboración del lenguaje, si hay quien tiene la misión de velar por su pureza, hay quien tiene la misión de darle movimiento y vida y fluidez para que circule libremente. El trasatlántico sin timón

marcha mal, pero sin hélice no marcha. El idioma popular ha sido siempre el gran criadero de la pedrería lingüística, si se me permite la imágen: el idioma sabio y erudito, ha sido, en cambio, y es, el que pule, abrillanta, borra manchas y saca facetas. Pues bien, el periodismo forma parte de la masa popular, de suerte que su influencia es indiscutible, pero al procurar que sea buena, no se le ha privar de su carácter propio.

Con gran frecuencia la musa pulcra y erudita crea hermosísimos monumentos; pero como monumentos que son, petrificados se quedan: de donde se construyan no se moverán. Si la naturaleza no tuviera más que montañas de jaspe, el planeta sería un prodigioso monolito de prodigiosa hermosura, pero muerto. Porque hubo lluvias que azotaron y barrieron; porque soplaron vientos; porque la piedra se desgranó y la arrastraron las aguas deshecha en tierra, por eso se formó la tierra vegetal; y por eso hay valles y arboledas y flores. El mármol inmóvil, para la historia ó para las tumbas; la corriente que circula, para la vida.

Dejad, pues, al periodismo que cumpla su misión; que por lo demás el tiempo, las costumbres, los ejemplos de las personas doctas, las advertencias sensatas, y los sábios consejos de quien pueda darlos, ya le irán corrigiendo de errores y de impurezas en la esfera literaria como en todas las esferas que abarca.

A esta misión altísima de la prensa periodística, de transportar como corriente eléctrica las mil palpitaciones del organismo social, se une otra misión de la cual no diré más que unas cuantas palabras aunque el tema me parece que es de transcendencia suma.

Y, para concluir más pronto, diré de una vez lo que tengo que decir.

El periodismo abre paso á la juventud, la saca de la obscuridad y á la luz la lleva en brevísimo plazo.

El que ayer era un pobre joven desconocido, puede

casi en veinticuatro horas ser aclamado por toda España :son estos, gérmenes de vida que la prensa diaria saca, como he dicho, de la sombra y pone bajo el sol meridiano á la vista de todo el mundo. Función importantísima y benéfica porque multiplica y moviliza los elementos intelectuales del país, y sobre todo aquellos elementos en que está cifrado el porvenir. Pero aquí echo el freno á mis entusiasmos por la juventud, que son grandes, no sea que á algún malicioso se le ocurra que pretendo congraciarme con ella y meterme á la descuidada entre sus filas.

Y ¿por qué no? Si ser joven es sentir jóven el alma, creer todavía en todos los idealismos, amar el mañana por lo que será, amar la esperanza por lo que será y por lo que es, confundir bajo una misma mirada de simpatía los encendidos celajes del ocaso con las luces purisimas del alba, alimentar viva la fé en el bien y en su triunfo, seguir con el pensamiento amante á la tierra que va buscando eternamente en su rotación nuevas y nuevas é inagotables alboradas, y gozar viendo que mientras haya sol en los espacios y la tierra no se pare, alboradas no han de faltar y juventudes tampoco; si esto es ser joven, repito, por joven me doy y joven declaro á todo el que sienta en el fondo de su ser un foco de vida eterna, sea lo que fuere de este traje usado de la carnal vestidura.

José Echegaray.

ACADEMIA
REAL
ESPAÑOLA
BIBLIOTECA